

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

### LA O. N. U. Y SUS ALBACEAS

**P**ARECE que la avenencia se ha producido en torno a una deducción coincidente: la crisis de la O. N. U. Tal aseveración induce a formular ciertos reparos. Si a propósito de un organismo se habla de situación crítica, ello parece indicar que ese ocaso es debido a un notorio y comprobado descenso en su eficiencia. En tal sentido, no puede decirse que la O. N. U. atraviese actualmente por un período de crisis, sino que asistimos a una agravación en el largo proceso de su parálisis, proceso que coincide, cronológicamente, con la propia vida de la O. N. U. Sustancialmente, puede decirse que la O. N. U. ha actuado hasta el presente como un elemento entorpecedor de las relaciones internacionales. En esto radica, justamente, la peligrosidad que implica su existencia, sin el complemento de su eficacia. El riesgo es fácilmente mensurable, ya que en tanto la O. N. U. tenga, como hasta el presente, lo que pudiéramos calificar de existencia física, esa realidad imposibilita que otro mecanismo, mejor dotado, pueda hacerse cargo de la solución de problemas que hoy dificultan el restablecimiento de una paz, vivida precariamente desde 1945. Ciertamente que ese inconveniente puede ser atenuado, e incluso eliminado, si organizaciones de tipo regional, de alcance continental o de proporciones atlánticas, van absorbiendo aquellos problemas que la O. N. U. dejó prendidos en su reiterada incapacidad. Pero el remedio apuntado no puede ser inmediato, ya que no basta perfilar, articular y promulgar Tratados de alcance limitado en el espacio; es preciso dotarlos de eficiencia, tarea esta última no tan asequible como algunos creen. Ahí tenemos el ejemplo ofrecido por el Pacto del Atlántico,

Convenio respecto del cual será conveniente decir que, no teniendo aún doce meses de vigencia, ya se considera como anticuado y se propugna, respecto del mismo, la necesidad de su renovación, extensión y fortalecimiento.

Ello nos hace deducir que la suplantación encarnada en la O. N. U. seguirá siendo una realidad, y la prolongación temporal del citado ineficiente organismo sólo puede favorecer a quienes están interesados en la vigencia del actual y aparente *statu quo*, tras cuya supuesta existencia logran dos fines: Primero, avanzar en el camino que conduce al sistema de los hechos consumados. Segundo, impedir que cese la actual interinidad, logrando de ese modo que la «guerra fría» encuentre, en el ambiente de inquietud que hoy impera en el mundo, clima propicio para su prolongación y robustecimiento.

En los medios norteamericanos, ese estado de cosas ha sugerido la formulación de dos sistemas: uno, que pudiéramos denominar mínimo; otro, máximo y radical. El primero ha sido propugnado por John Foster Dulles, consejero del Secretario de Estado, y el segundo defendido por el ex presidente norteamericano Hebert G. Hoover. Uno y otro bien merecen ser considerados escuetamente.

Foster Dulles habló ante la «American Society of International Law». No sabemos la impresión que a sus miembros, y nuestros colegas en la citada institución, habrán causado las sugerencias de Foster Dulles; pero séale permitido a un miembro español de la mencionada entidad exponer aquí su punto de vista. Foster Dulles asevera que desde 1945, año del nacimiento de la O. N. U., muchas cosas han acontecido en el mundo; el panorama internacional se ha alterado sustancialmente, y en el mismo sentido y proporción debe renovarse la Carta de San Francisco. Por ello Foster Dulles sugiere la necesidad de revisar la Carta de las N. U. La iniciativa de Foster Dulles ha de valorarse tanto desde el punto de vista de su utilidad como de su posibilidad. Una cosa es propugnar la revisión de la O. N. U. y otra alcanzarla. Lo primero es factible, ya que para reunir una Conferencia General de los Miembros de las Naciones Unidas basta con las dos terceras partes de los votos de la Asamblea General, y con los de cualesquiera de siete miembros del Consejo de Seguridad, unos y otros situados en un perfecto pie de igualdad. En tal sentido, la propuesta de Foster Dulles podría ser atendida sin dilación. Si esa Conferencia General —prevista por el artículo 108-1 de la Carta— se reúne, y por los dos tercios de

sus votantes se procede a la revisión de la Carta, sólo restará un trámite: la puesta en vigor del texto revisado. Esto es lo que ya no puede ser alcanzado sin el voto de la nación que ha monopolizado el ejercicio del derecho de veto, ya que en el artículo 109-2 se establece que la Carta, reformada, no entrará en vigor hasta que haya sido ratificada por todos los miembros permanentes del Consejo. Así, resulta que, o las modificaciones introducidas en la Carta no afectan sustancialmente a su actual parálisis —en cuyo caso no vale la pena llevarlas a cabo—, o la revisión alcanza cuestiones medulares, entre ellas el ejercicio del derecho de veto, y no podemos admitir que Rusia sea tan acentuadamente cándida que acepte modificaciones que le sustraigan el ejercicio del derecho de veto. Foster Dulles sabe perfectamente que en torno al problema de reglamentar el derecho del veto se han librado verdaderas batallas polémicas, sin que hasta el presente haya sido posible llegar a ningún acuerdo que no implique la prolongación del actual *statu quo*. Es indudable que la Carta resulta anacrónica; pero nos parece no menos evidente que, como quiera que ese anacronismo sirve perfectamente las finalidades de la «guerra fría», Rusia impedirá que tal anacronismo deje de ser una realidad.

Foster Dulles, al propio tiempo, hizo constar que los aliados occidentales no han encontrado hasta el presente «un camino adecuado para proporcionar al pueblo alemán, al propio tiempo que seguridad, oportunidad de establecer una asociación pacífica con los pueblos libres del Oeste». Pudo agregar que la causa explicativa de esta carencia no es distinta a la que implicó la parálisis de la O. N. U., ya que Rusia, si se aviene a signar un Tratado de paz con Alemania, no será sin ver reconocidas sus aspiraciones, en cuyo supuesto la eficiencia de dicho Pacto sería nula y no contribuiría en nada a disminuir los actuales riesgos de la «guerra fría». Rusia dió pruebas manifiestas de cómo la signatura de un Tratado de paz no supone para ella limitación de sus ambiciones; recuérdese cuál fuera la tesis moscovita cuando, a propósito de los procesos incoados y de las sentencias recaídas en los casos del Cardenal Mindszenty, del Obispo luterano Ordass y del leader agrario Petkov, se acusaba a los países satélites de violar, no sólo lo que la Carta de la O. N. U. dispone en su artículo 55 apartado c), sobre el respeto de los derechos humanos, sino los Tratados de Paz de 1947. Rusia replicaba aduciendo el artículo 39, apartado 1.º, de los Tratados de 1947, a tenor de cuyas cláusulas consideraba que

confería el derecho de veto a las tres potencias signatarias, esto es, Norteamérica, Inglaterra y Rusia; la alegación rusa paralizó el intento de abordar y resolver ese trascendental problema en dos subsiguientes Asambleas de la O. N. U. Los que ahora quieren actuar como albaceas de la O. N. U. ignoran que tienen ante sí la exigencia de un precedente albaceazgo: las estipulaciones de Yalta.

La tesis mínima, si las alegaciones precedentes son atendidas, no contribuirá a resolver el problema actualmente planteado. Frente a esa sugerencia, aparece otra, más radical, del ex presidente Hoover, proponiendo que se reorganice la O. N. U., previa la expulsión de los Estados comunistas que hoy son miembros de la misma. La expulsión de Rusia no sorprendería ni escandalizaría a la U. R. S. S., pues ya cuenta con el precedente de su expulsión del seno de la Sociedad de las Naciones el 14 de diciembre de 1939, por su guerra de agresión a Finlandia. Si Hoover propugnara la expulsión de la U. R. S. S., encontraría apoyatura en el art. 6.º de la Carta, donde se dispone: «Todo miembro de las Naciones Unidas que haya violado repetidamente los Principios contenidos en esta Carta podrá ser expulsado de la Organización por la Asamblea General, a recomendación del Consejo de Seguridad». Sin duda alguna, Hoover desdichó el sistema de la expulsión, pensando que está dominado por el ejercicio del derecho de veto, ya que la recomendación debe ser tomada con el voto unánime de los miembros permanentes —Rusia entre ellos—, y si el veto existe, o por lo menos se practica, respecto a la admisión de nuevos miembros, con mayor razón habrá de esgrimirse para la expulsión, que es medida mucho más grave que la admisión. Por ello habla Hoover de la reorganización de la O. N. U. en el sentido apuntado.

La propuesta de Hoover no parece haber encontrado un ambiente propicio, no porque no sea justa, sino por la gravedad que encierra; entre los objetantes de Hoover debe citarse a la señora Roosevelt, acreditada ampliamente por sus reacciones dialécticas de tipo elemental o infantil. La señora Roosevelt dice que la reducción de la O. N. U., dando sólo entrada en la misma a los países no comunistas, equivaldría a la guerra. De ello parece inducirse que, según la señora Roosevelt, vivimos actualmente en estado de paz, lo cual significa que la replicante no quiere distinguir lo que es una paz de lo que se entiende por una tregua; en tregua vivimos actualmente, y la tregua es guerra en potencia, ahora perfilada por Rusia mediante el sistema de la «guerra fría». Por lo

visto aún hay quien propugna la práctica de la política de aves-truz, que es la más lamentable de las reacciones que pueden respaldarse en estos instantes de peligrosidad internacional. Hay signos físicos evidentes de la existencia de la O. N. U.: un portentoso edificio en construcción, una frondosa y bien remunerada burocracia; pero lo que interesa al mundo y a la causa de la paz es su eficiencia en el sentido de facilitar y acelerar la solución jurídica de los problemas actualmente planteados.

Estimamos que todo es preferible a la prolongación del actual *statu quo*, respecto de cuya peligrosidad no pueden abrigarse dudas, y discutir en torno a un cadáver insepulto no es tarea adecuada para que renazca en el hombre su fe en el futuro, en la misma medida en que se liberta del alucinamiento que hoy prima en los medios internacionales. Creemos que ha llegado la hora propicia para plantear el problema en forma dilemática; acaso ese además decidido lograrse esclarecer adecuadamente la confusión hoy reinante en el mundo. Prolongar la actual interinidad no es hacer historia; equivale a todo lo contrario: a malograr el presente, como anticipo de la pérdida del porvenir.

#### CINCO AÑOS DESPUÉS

Cúmplese ahora un quinquenio, a contar de aquellos días, en que un mundo postbélico, ilusionado a la sazón, a la sombra del margen procurado por la indeterminación del futuro, celebraba en San Francisco conversaciones para articular lo que se consideraba predestinado a ser medio adecuado para el encauzamiento del mundo. En el orden de su valoración histórica, un quinquenio es, ciertamente, espacio reducido para colegir de su decurso deducciones ciertas; mas en este caso lo limitado de la experiencia no es obstáculo para ofrecer un adecuado balance. La O. N. U., en vez de registrar un proceso de crecimiento y vigorización, se nos aparece como disecada y esclerótica. Sobre la realidad de este epílogo nadie discrepa, ni siquiera el sector más irreductible y explícitamente obstinado, integrado por su numerosa burocracia, una de las pocas realidades que la O. N. U. nos ha deparado. Parece, por consiguiente, que no es prematuro el proceder a un adecuado examen de conciencia; ello tendrá ventaja plural: determinar, de un

lado, qué motivos nos han traído a este desenlace decepcionante, y deducir si el ocaso es o no irremediable.

Para algunos conviene tener presente, antes de enjuiciar respecto del problema a que dejamos hecha alusión, una nota valorativa: a la O. N. U. no se le asignaba la misión de establecer la paz en el mundo, sino la de velar por su mantenimiento; es la nota distintiva que emplean los norteamericanos al diferenciar lo que ellos denominan, respectivamente, «peace-making» y «peace-keeping». Si este sistema interpretativo es cierto, resultará que el fracaso colectado no debe personalizarse en la O. N. U., sino conectarse a acontecimientos exteriores a dicho organismo. Esta tesis exculpatoria, que se aduce ahora en estos días del quinquenio de la O. N. U., bien merece ser considerada.

La anterior argumentación se apoya en la consideración siguiente: la O. N. U. se instituyó partiendo del supuesto de la existencia de unidad de miras entre las grandes potencias; no era, por tanto, su misión resolver las diferencias que entre esas potencias pudieran surgir, y aún se agrega: cuando la O. N. U., con tímido ademán, intenta atenuar las discrepancias que distancian a las grandes potencias, en realidad asume una misión que no es ciertamente la que le compete; por tanto, si fracasos existen, no es lícito decir que recaen sobre la O. N. U.

A las anteriores alegaciones conviene oponer algunos reparos de alcance sustancial. La O. N. U. vino al mundo de modo prematuro. Ello se deduce de la propia dialéctica exculpatoria esgrimida por sus apunталadores; si la O. N. U. no tiene por misión construir la paz, sino el velar por el mantenimiento de una paz, preestablecida en sus líneas medulares, resulta evidente que su nacimiento debió diferirse hasta el momento en que existiese garantía de avenencia entre las grandes potencias; esta garantía sólo podía depurarla la preexistencia de un Tratado de paz global, de tal modo que esos Convenios rigiesen, sin excepción, respecto a todos los ex beligerantes, encontrando la O. N. U. en ese precedente la razón de ser de su existencia. Pero se invirtieron los términos; no se procedió como en 1919, ya que en aquella ocasión la O. N. U. de entonces (la Sociedad de las Naciones) aparecía incluida en el Tratado de Paz de Versalles, que podría servirle de apoyatura y de orientación, e incluso se ponía a su alcance la posibilidad de revisar dicho Tratado si un día se llegaba a la conclusión de que sus cláusulas eran entorpecedoras y significaban un obstáculo para la instaura-

ción de la paz; ese camino lo facilitaba, en términos genéricos, el artículo 19 del *Covenant*; una disposición semejante no se encuentra en la Carta de la O. N. U.; ausencia, en cierto modo, lógica, ya que no es posible hablar de la revisión de Tratados que no existían en el momento en que se articulaba la Carta de la O. N. U. Todas estas fallas debieron ser registradas en momento oportuno, y al no realizarlo, y al caer en la obstinación de crear un organismo que necesariamente había de actuar en vacío, fatalmente tenía que desenlazarse en la actual decepción.

Uno no se explica cómo todo ello pudo ser posible y qué motivos pudieron determinar esta serie de inexplicables imprevisiones. Hablar de paz y seguridad, y atribuir a la O. N. U. la misión de velar por su mantenimiento y acentuación, sin la preexistencia de de Tratados de paz, valía tanto como escribir sobre el mar. En parte debe achacarse la responsabilidad de lo acontecido al sorprendente optimismo de Roosevelt, que encontraba su complemento en las inclinaciones dialécticas del «aislacionismo» norteamericano. Roosevelt fiaba en la política de «appeasement», ignorando que en la interinidad, deducida de la ausencia de Tratados de paz, había de encontrar Rusia apoyatura dialéctica para construir, sobre la inseguridad, eco específico de la interinidad, lo que hoy se denomina «guerra fría». Reprochar ahora a Rusia el haber retirado provecho de las coyunturas que le brindaba la miopía norteamericana, no parece adecuado.

En la interinidad encontraban, al propio tiempo, clima dialéctico apropiado los «aislacionistas» norteamericanos; para ellos, aplazar la conclusión de los Tratados de paz equivalía a la concesión de un margen de tiempo, dentro de cuyo ámbito pudiera encontrar coyunturas de anheladas recídivas el aislacionismo norteamericano. Así se simplificaba la tarea de los denominados «norteamericanos cien por cien»; en 1919 y 1920 su labor fuera más ardua, pues debieron luchar hasta conseguir que Norteamérica, a través de un grupo de obcecados senadores, renegase de sus deberes de cooperación con una Europa postbélica y maltrecha. Ahora ni siquiera tuvieron que imponerse esa molestia, ya que la imprevisión de los más les deparaba un margen de maniobra, amplio y susceptible de adecuada explotación. Que el aislacionismo —en contra de lo que muchos suponen— está vigente, pujante y rejuvenecido, lo evidencian las recientes manifestaciones de hombres de Estado norteamericanos, desde Truman a Vandenberg, tendientes a recompo-

ner la política «unpartisan», y si tan insistentemente se propugna la necesidad de restaurar una política antiaislacionista, ello evidencia que no constituye actualmente realidad. De todo lo cual parece inducirse que las atmósferas confusas favorecen en la misma medida a Rusia y a los «aislacionistas» norteamericanos; esa coincidencia da a entender que sería conveniente estudiar un fenómeno hasta el presente no analizado debidamente: hasta qué punto existe paralelismo entre la «guerra fría» y la tendencia «aislacionista» norteamericana. Todo ello lo sugerimos a cuantos nos brindan ahora reflexiones quinquenales.

Actualmente se recomienda como solución —que constituiría la antítesis del criterio respaldado por el ex presidente Hoover— la universalización de la O. N. U.; entre los que sugirieron la pertinencia de tal inclinación figura el Secretario general de la O. N. U., en viaje «apaciguador» cuando escribimos estas apostillas. Decir que la O. N. U. precisa de ecumenización vale tanto como reconocer que actualmente no encierra ese alcance; además, para universalizar la O. N. U. sería preciso revisar su articulado, ya que no puede hablarse de inclinación cósmica en tanto exista el artículo, limitador en el espacio, representado por el derecho de veto, y como la revisión no podrá ser alcanzada sin la aquiescencia de de todos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad —artículo 108 de la Carta—, resultará que estamos encerrados en un perceptible círculo vicioso. Todo ello proviene de las imperfecciones de la O. N. U., mucho más acentuadas que las ofrecidas por el *Covenant*; el Pacto de la Sociedad de las Naciones preveía su alcance universal, ya que admitía que todo Estado, Dominio o colonia, que se administrase libremente, podía ser miembro de la Sociedad de las Naciones, si su admisión era decretada por las dos terceras partes de la Asamblea; hoy esa prerrogativa está plenamente en manos del Consejo de Seguridad (art. 27, 3.º, y art. 13, 2.º). Hasta no hace mucho, al veto se le asignaba una posibilidad paralizante; pero recientemente se ha demostrado cómo puede ser esgrimido como arma positiva frente a vetos pronunciados por otros miembros permanentes que no sea la U. R. S. S. El caso de la admisión de la China comunista en la O. N. U. lo evidencia de modo pleno; Rusia, para ejercer presión sobre aquellos miembros permanentes (que ni se deciden a consignar la baja de los representantes nacionalistas chinos, ni a dar su asentimiento al ingreso de la China de Mao Tse Tung), tomando como pretexto la presencia de

los delegados nacionalistas, va ausentándose de los organismos técnicos de la O. N. U., acentuando así el proceso de disecación de dicho organismo.

Recientemente, Trygve Lie decía: «Sin embargo, cuanto más perdure la «guerra fría» tanto más mostrará su incapacidad de funcionamiento el sistema de las Naciones Unidas, socavando así su utilidad para los Gobiernos y minando igualmente la confianza de los pueblos». Trygve Lie, al parecer, ignora que la «guerra fría» es utilizada por sus manipuladores aprovechando para ello cuantas coyunturas se presenten, y ningunas más tentadoras que las deparadas por la Carta de la O. N. U. con el sistema del privilegio, inextensible, del veto. Aun lograda la avenencia entre el Este y el Oeste —que siempre revestiría la forma circunstancial e inestable de un «modus vivendi»—, el veto constituiría siempre una amenaza y una posibilidad de traer al primer plano del panorama internacional la figura siniestra de la inseguridad; el mundo no ansía un arreglo que, cual un engañoso emplasto, sirviese sólo para ocultar aquello que es agente corrosivo y disgregador, y hoy el mundo ya no duda que en San Francisco se cometieron errores, que hasta el presente resultan irreparables, y seguirán revistiendo la condición de tales en tanto a todas las naciones, sin excepción, se les imponga la aceptación del principio, a virtud de cuya proyección se llegue a la conclusión de que la soberanía, cuando actúa como elemento disociador de la solidaridad internacional, carece de razón de ser y no puede alcanzar beligerancia.

#### «COLD WAR AND SHOOTING WAR»

En mayor o menor medida, puede afirmarse que ni Norteamérica ha llevado o puede llevar la «guerra fría» al corazón de Rusia, ni Rusia exportarla a los Estados Unidos, como no sea a medio de la infiltración o de la acción de quintas columnas; por ello esas dos naciones actúan a través de terceros Estados en zonas neurálgicas, de tal modo que esa pugna a través de intermediarios constituye realmente un medio de lucha, sustancialmente considerado; lo único que puede proveerle de apariencias engañosas es la acción, más aparente que real, de los que figuran en primer plano en esas pugnas solapadas. Así se dió a propósito del conflicto griego; ello se reitera actualmente en Indochina. Precisamente de lo

que se trata ahora en los diálogos de Londres es de eliminar ese equívoco, si no se quiere correr un evidente riesgo, cual sería el proveer de armas dialécticas a los que arguyen en pro de la neutralización de Europa; la tesis absentista encuentra cada día nuevos apuntaladores; al consignarlo no queremos decir que esa inclinación neutralista termine por imponerse; pero lo que sí parece oportuno aseverar es que hay un fondo de evidente lógica en esa posición referida, ya que la actuación por medio de terceros Estados no sería más que el anticipo, acaso preanuncio irremediable, del choque entre los que hoy ocupan una posición de primer plano en el campo internacional (Rusia y los Estados Unidos), y si la Europa de Occidente lo que anhela es evitar una tercera lucha, que sería su fin irremediable, en su empeño de soslayar ese epílogo puede pensar en la conveniencia de interponer una distancia determinada entre los dos potenciales contendientes, a fin de que éstos, ya delineada claramente su respectiva situación, encuentren, en la gravedad del trance, motivo suficiente para poner término a esta situación de acentuada peligrosidad. Sin asentir ni disentir respecto a lo que pueda existir de factible y recomendable en la posición neutralista, juzgamos que no puede darse de lado, con ademán frívolo, a eso que algunos propugnan actualmente. Dicha propensión tiene en cierto modo una clara apoyatura en consideraciones que no pueden ser tratadas con desdén. La «guerra fría», si se prolonga, en su perduración fatalmente encontrará su agravación, y semejante acentuación beneficiará a uno de los disidentes; en un sector, el soviético, no es posible pensar en disidencias ni agrietamientos; en el otro mundo, el occidental, si bien puede sostenerse que sería posible alcanzar la avenencia, antecedente preciso de todo frente unido, media una distancia abismal entre la posibilidad y la realidad. Esto es lo que merece ser considerado debidamente, y a lograrlo van dedicados los comentarios subsiguientes.

En los días, ya lejanos, de San Francisco se juzgaba, a la vez, posible y deseable alcanzar esta doble finalidad: disminuir, en lo factible, las zonas de tensión y evitar, hasta donde fuese asequible, la aparición de nuevas superficies de rozamiento. No fué alcanzada la primera de las dos apuntadas posibilidades, ni se logró la detención en el proceso formativo de zonas de fricción. Uno y otro desenlace eran vaticinables, y ese epílogo fué realidad gracias a la presión rusa y a la falta de visión, por parte de Norteamérica, para salir de un sistema cuyas razones tácticas consistían en sem-

brar motivos de inquietud en todos los rincones del mundo. Para alcanzar tal fin disponía Rusia de posibilidades ofensivas, que supo explotar adecuadamente; situada en el corazón de Eurasia, podía hacer que su actividad inquietante llegase a las zonas periféricas del inmenso territorio por ella controlado; este área especial se ampliaba cada vez más por medio del sistema hoy conocido con la denominación del satelitismo, y a donde no alcanzaba la eficiencia de lo que pudiéramos denominar sistema de anexionas indirectas, llegaba en sus repercusiones la acción corrosiva de las quintas columnas, especialmente en el orden colonial. Ello se facilitaba por medio de un *slogan*, que proferido inicialmente por el Presidente Roosevelt, fué expandiendo su acción y sumando multitud de adeptos: el ocaso irremediable de los pueblos coloniales; así se abrió paso la tesis que pudiéramos rotular como el sistema de las liquidaciones precipitadas. Se concedieron independencias de modo irreflexivo y prematuro; en esos países, a los cuales se había concedido una manumisión precipitada, los gobiernos instaurados, faltos de experiencia y no maduros para hacer frente a la magnitud de los problemas que se les planteaban, se vieron enfrentados con la enemiga de fracciones hostiles. Así nacieron las guerras civiles, que deparaban a Rusia magníficas coyunturas para actuar, acentuando su influencia corrosiva. Lo sucedido en Birmania y en Indochina constituye, a esos efectos, un ejemplo aleccionador. Norteamérica, situada ante esa realidad, percibía de qué modo se acentuaba su perplejidad, situación de duda que constituye uno de los puntos flacos de la política internacional de los Estados Unidos. Si llevaba a sus últimas consecuencias la tesis de la manumisión *per saltum* de los pueblos coloniales, desarticulaba irremediabilmente una serie de imperios ultramarinos y abría una sucesión salpicada de interrogantes, cuya perduración sólo podría beneficiar a los fautores de la «guerra fría». Ofrecía Norteamérica apoyo a los gobiernos instaurados en esas áreas coloniales, pero instaba y presionaba sobre la nación metropolitana, condicionando su ayuda en forma tal que ni permitía al Estado mandatario poner a contribución su vieja experiencia colonial; ni se decidía tampoco a actuar de modo directo, ante el temor de que su presencia en determinadas zonas transformase en pugna directa rusionorteamericana lo que hoy constituye hostilidad, mantenida por medio de ayudas indirectas. Es ésta una vieja táctica norteamericana, cuyas reiteradas experiencias debieran servir de aleccionamiento a sus instigadores para no rei-

terarlas una vez más. Recuérdese, a este propósito, cuál fuera la táctica de Roosevelt antes de producirse el alevoso ataque a Puerto Perla. Norteamérica alimentaba en aquel entonces una engañosa ilusión: de un lado, sintiéndose cada vez más próxima a un grupo de contendientes, percibía que su neutralidad no podría ser prolongada indefinidamente; de otro, quería aplazar la decisión, y en tanto no aceptaba como irremediable el epílogo de su beligerancia, acudía al sistema de los empréstitos y arriendos, parte de otra táctica que se conocía con la denominación del «cash and carry»; beligerancia potencial que era vano no reconocer la necesidad de transformarla en actual. Este sistema de vacilaciones constituye ahora nueva realidad, y ello se evidencia refiriéndonos a cualquiera de las actuales experiencias; citemos, entre otros ejemplos que pudieran ser invocados en apoyo de nuestra tesis, lo que sucede actualmente en Indochina.

Coexisten allí dos gobiernos, que son como prolongación de las dos tesis de la «guerra fría»: el régimen de Ho Chih Min y el de Bao Dai; el primero, apoyado por Moscú y por la China de Mao Tse Tung; el segundo constituye un expediente en ese intento tardío, de origen francés, consistente en remedar, sin analogía en los presupuestos, lo que Inglaterra realizara hasta lograr la constitución de la Comunidad de Naciones Británicas. Norteamérica, ni se decide a reconocer al régimen de Ho Chih Min, ni quiere respaldar a Bao Dai, si antes Francia no accede a reconocer que la iniciativa debe ser transferida plenamente a Bao Dai; si esto último se lograra, a impulsos de la presión norteamericana, Francia consideraría que su misión habría terminado, y la exclusión francesa implicaría situar a Bao Dai en trance de desaparecer de la escena política; tal desenlace sólo podría ser evitado si Norteamérica se decidiese a apoyarlo con la misma resolución que otrora respaldara a Grecia; pero aceptar esa responsabilidad valdría tanto como aproximar la lucha ruso-norteamericana, en proporciones peligrosas; la «guerra fría» se transformaría así en guerra efectiva. A ese desenlace conduce irremediamente el sistema de las indeterminaciones norteamericanas, que, en el fondo, no son más que el fruto lógico de un aislacionismo, respecto de cuya proyección y existencia no pueden ser abrigadas dudas. Pero diferir una resolución no es tarea que pueda practicarse ilimitadamente. Ahora Francia pide a Acheson que la ayuda norteamericana en Indochina sea de la magnitud requerida para poner fin a la lucha civil allí.

entablada, y el Secretario de Estado norteamericano, que ha venido a Europa para lograr el fortalecimiento del Pacto Atlántico, pensará que tal finalidad no podrá ser alcanzada si Francia, nación continental, tiene que distraer una parte apreciable de sus fuerzas en esas alejadas, complejas y peligrosas actividades coloniales. Todo ello, a nuestro entender, proviene de una inclinación: el afán de simplificar cuestiones, dislocándolas y prescindiendo de su contenido complejo. Los Estados Unidos, prácticamente, no han tenido en su historia experiencias coloniales, sobre todo en la magnitud que otras naciones europeas; ello explica cuál fuera la actitud de Roosevelt en la Conferencia de Teherán, cuando dialogando con Wiston Churchill, no siempre en tonos cordiales y de avenencia, hacía notar que los Estados Unidos no habían entrado en la guerra para lograr la galvanización del imperio británico; creía Roosevelt que el mundo colonial había llegado a su irremediable ocaso, y que una de las consecuencias de la guerra se había traducido en la aceleración del proceso de manumisión en esas porciones de un mundo colonial. No disintimos, abiertamente, de la exégesis de Roosevelt; pero discrepamos del Presidente en punto a la posibilidad y conveniencia de una manumisión radical e inmediata, ya que conceder la soberanía a pueblos no maduros políticamente para adentrarse en las complicaciones de una vida independiente equivalía a introducir en el campo internacional un elemento de confusión, que había de traducirse en coyuntura aprovechable por Rusia, inclinada a prestar su apoyo a esos movimientos nacionalistas difusos, cuyo carácter prematuro y cuya confusión genésica permite toda suerte de infiltraciones. Si el ambiente propicio de la guerra lo deparan la inseguridad y la confusión, parece evidente deducir que tales características se ven favorecidas por la indeterminación norteamericana, ahora puesta de relieve en la experiencia de Indochina.

#### EL OBSTÁCULO DE UNA EVOLUCIÓN RETARDADA

Funciona en la Universidad de Chicago lo que se denomina «The Norman Wait Harris Memorial Foundation»; data de 1923, y existe gracias a la filantropía de la familia Harris; la finalidad que asignaron sus fundadores a tal institución se cifra en el logro

de una mayor comprensión entre los norteamericanos y el resto del mundo. Se reúne anualmente, desde 1923, y sólo en tres ocasiones dedicó sus actividades al estudio de problemas internacionales; en 1930 abordó el tema «Interpretation of American Foreign Policy»; en 1934, «An American Foreign Policy toward International Stability»; en 1947 publica una obra, editada por el profesor de Derecho Internacional de Chicago, Quincy Wright, con el título *A Foreign Policy for the United States*; se trata de un libro de amplio contenido, ya que en sus cinco capítulos se abordan problemas tan candentes como los siguientes: las grandes potencias, la inseguridad general, la política internacional regional, la política internacional económica y la tarea informativa en materias de política internacional; cada uno de dichos capítulos se subdivide en otros (relaciones de los Estados Unidos con otras grandes potencias, con la O. N. U., el problema de la seguridad, las cuestiones relativas al Extremo Oriente, el Oriente Medio y a la Europa del Este). Todas estas cuestiones las conectan sus autores a un problema sustancial: ¿Cuál debe ser el papel de Norteamérica en sus relaciones con las grandes potencias? ¿Debe tenderse a lograr un equilibrio de poder en el seno de las Naciones Unidas o a desempeñar el papel dirigente en un bloque integrado por la Europa de Occidente? ¿Cómo deben abordarse los problemas económicos, culturales y estratégicos en distintas partes del mundo? No es nuestro ánimo, ni sería el propósito realizable, traer a estas páginas un estudio analítico de lo que en esas discusiones de Chicago se expresó. Únicamente queremos ofrecer al lector de esta REVISTA la cita que antecede, como una prueba más de que Norteamérica, durante años un poco al margen de los problemas internacionales (inhibición cuya responsabilidad recae plenamente sobre los aislacionistas), intenta ahora recuperar el tiempo perdido, cuando se aferraba a la vana ilusión de vivir al margen de las complicaciones crecientes de un mundo postbélico. Se trata de una tarea de improvisación a la cual se dedican ahora los norteamericanos con ímpetu perfectamente explicable en un pueblo que tanto fía en sus virtudes y, sobre todo, en su capacidad dinámica. Si las circunstancias, como es bien notorio, han situado a los Estados Unidos en un incompartido primer plano internacional, cuanto provenga de Norteamérica merece ser por nosotros cuidadosamente estudiado, habida cuenta de que no sólo está en juego el devenir de la Unión norteamericana, sino que su destino será inexorablemente el deve-

nir de cuantos pueblos están incluidos en la órbita dentro de cuya área los Estados Unidos desempeñan una posición colubrante. Acaso pecásemos por precipitados si, observadores de esta situación internacional, desembocásemos en la conclusión de que las actuales improvisaciones norteamericanas en materia de política internacional constituyen un claro y grave riesgo para el mundo en general y específicamente para la Europa de Occidente. Al sentar esa conclusión no la estableceríamos por motivaciones nihilistas ni con propósitos de sistemático alarmismo. Antes bien, no haríamos otra cosa que movernos dentro de un sistema realista, que pudiera ayudarnos a entender todo aquello que actualmente aparece ante nuestros ojos con una tendencia de visible indeterminación.

Europa occidental y Norteamérica se encuentran virtualmente situadas ante los mismos problemas, pero esa identidad en el riesgo y la responsabilidad no quiere decir que las reacciones registradas en una y otra orilla del Atlántico sean semejantes. Precisamente en la disparidad reactiva reside una gran parte de la complejidad que es nota característica del problema europeo. El viejo mundo se enfrenta con la actual situación influido por dos notas específicas: de un lado, su condición de campo de batalla potencial; de otro, la circunstancia de que Europa conoce bien su propia historia, y tal condición le permite darse clara cuenta de su responsabilidad. Norteamérica, en contraste, vive en la otra orilla del Océano, y aun cuando el Atlántico ya no puede ser considerado como una muralla protectora, como se valoró en algún tiempo, ello no obsta para que muchos norteamericanos sigan aferrados a la idea de su invulnerabilidad, y esa lejanía del riesgo les hace concebir excesivas ilusiones y a sus ojos disculpa una política de desistimiento respecto del viejo mundo. No se olvide que Norteamérica no tiene a sus espaldas una experiencia histórica tan dilatada como la europea, y si a esa consideración se agrega la circunstancia de que los Estados Unidos, dentro de la limitación de su historia, han pugnado por desentenderse de Europa, alterada tal propensión por la acción episódica y para muchos rectificable de dos guerras en común, se comprenderá el porqué en la actualidad aquel sector reducido de norteamericanos que se dan perfecta cuenta del grado de responsabilidad que sobre sus hombros ha echado el destino duden y vacilen, y que tal determinación se acuse en síntomas a los cuales conviene aludir en forma precisa.

El lector de la prensa norteamericana habrá percibido la reali-

dad de un fenómeno acentuadamente significativo, y que nosotros interpretamos como manifestación específica de un pueblo que ahora, en contado espacio temporal, quiere recuperar el tiempo perdido a lo largo de años de «aislacionismo» intermitente y en trance de encontrar su tesis adecuada no logra construirla primero y ponerla en práctica después. Aparte los discursos trazando normas internacionales de Norteamérica pronunciados por Acheson, Truman, Harriman, Vandenberg, Eisenhower, Bradley, Bernard M. Baruch y Philip C. Jessup, registramos la aparición de una serie de sedicentes *planes*. Así, el plan Kennan (*Is war with Russia Inevitable?*), así el intento exegético de Burnham (*The coming defeat of communism*), así las interpretaciones de Foster Dulles (*War or Peace*). Esa profusión de sugerencias, si algo significan dentro de su diversidad y frecuentemente en su disparidad, es que no se ha encontrado una norma de alcance coincidente; es decir, no se ha podido trazar lo que constituirían las líneas vertebrales de esa diplomacia total a que alude tan insistentemente Acheson, y que algún día nos proponemos analizar en toda su complejidad. A nuestro entender, la reacción que pudiéramos denominar más europea es la de Acheson, hombre dúctil en sus concepciones y diáfano al perfilar sus puntos de vista; pero el Secretario de Estado ha de contar con la preexistencia de una serie de obstáculos determinados por el juego de los artilugios constitucionales norteamericanos, que frecuentemente limitan y hasta en ocasiones obstaculizan su iniciativa. De ahí que, a nuestro entender, la presencia de Acheson en Londres y París, más que eficiente, por lo que la misma pudiera significar en posibilidad de trazar un programa de acción común, debe considerarse indicada en cuanto puede concurrir en el sentido de fijar las bases normativas de acción del Secretario de Estado norteamericano, el cual acaso retorne a Wáshington portador de un propósito determinado y firme.

La tarea de los tres ministros de Asuntos Exteriores que dialogan al tiempo que nosotros redactamos estos comentarios, es ardua, ante todo y sobre todo porque el problema alemán, medula de toda la cuestión europea, tropieza con el *handicap* de la inexistencia de un tratado de paz, aun cuando, si bien se considera, pudiera darse acaso una experiencia inédita y revolucionaria, y sería la siguiente: que Alemania, sin tratado de paz —que, en definitiva, no es acuerdo, sino imposición de vencedores a vencidos—, pase a formar parte del mundo occidental europeo, ingreso que habría de hacerse

atenido a dos imprescindibles condiciones: Primera, que Alemania cooperase con sus futuros aliados en un pie de absoluta igualdad; segunda, que el IV Reich adquiriese la convicción de que su defensa ante el peligro ruso no ha de serle procurada desde el exterior, sino que en la misma debe cooperar con todas sus fuerzas. Acaso se diga que nuestra tesis es demasiado exigente en cuanto afecta a la capacidad de cesión por parte de los vencedores; sin embargo, piense el lector en el discurso trascendental pronunciado por Dean Acheson en Londres el 10 de mayo último, ante la Pilgrims Society. El Secretario de Estado dejó sentada una serie de afirmaciones de indudable alcance: Primera, es preciso abandonar humildemente la construcción dialéctica articulada sobre la base antitética de vencidos y vencedores; segunda, participación igualitaria de Alemania y la Europa occidental en los riesgos y las responsabilidades; tercera, indulgencia, comprensión y moderación que endulcen y humanicen las relaciones entre vencidos y vencedores; cuarta, en consecuencia, posibilidad de agrupar nuevamente a los pueblos occidentales de Europa.

De haberse firmado un tratado de paz, indiscutiblemente, sus cláusulas no reflejarían esa inclinación comprensiva. Baste recordar lo que habían de ser anticipos del Tratado de paz (los convenios de alianza signados por Rusia, respectivamente, con Inglaterra, el 26 de mayo de 1942, y con Francia, el 10 de diciembre de 1944), para deducir que su duración, estipulada por veinte años, se apoyaba en el propósito de vivir en constante vigilancia, manteniendo a Alemania como país vencido y garantizándolo con la presencia de fuerzas de ocupación. De todo lo cual se infiere que si se ha dicho que el problema de Europa atravesaba por una peligrosa situación de estancamiento, por la inexistencia de un Tratado de paz, ahora podría sostenerse que la ausencia de tal pacto posibilita en gran parte la deseable reagregación, solidaria y compartida, de la Europa occidental. ¿Será éste el epílogo al cual nos conducirán las vacilaciones norteamericanas? Este desenlace cabe dentro de lo posible, y ya es mucho decir.

#### UNA DIPLOMACIA OBTURANTE

Posiblemente, dirá el lector, que la compleja sintomatología que le ofrecemos en las páginas precedentes sólo sirve para agra-

var el imperante confusionismo de la hora presente. Note, sin embargo, el posible objetante, que esas consideraciones no se brindan por creer que su exhibición pueda contribuir a despejar la incógnita, ante cuya exigencia se encuentra, explicablemente perplejo, el mundo occidental; su destino es muy otro, y tienen más bien una finalidad aleccionadora: llevar al espíritu del que leyere la impresión de que, siendo complejos los problemas del mundo en la hora presente, es en vano que a los mismos quiera dárseles una solución simplista, Aun a riesgo de que nuestra insistencia pueda catalogarse como una auténtica obsesión (con toda la endeblez dialéctica inherente a lo que son ideas fijas o principios inquistados), queremos, una vez más, mencionar aquí la ventaja topográfica que depara a Rusia su estructura geopolítica, posición que le permite retener y no enajenar, lo que sustancialmente se está debatiendo en Londres: la iniciativa. Porque de poco vale decir que los tres ministros de Asuntos Exteriores se han puesto de acuerdo, respecto a lo que ellos consideran como los tres problemas fundamentales de la hora, cuyas campanadas están llegando hasta nuestros oídos: la articulación, reactualizada, del Pacto Atlántico, el problema indochino y la cuestión concerniente a la inclusión de Alemania en el cuadro de la Europa occidental. Aun supuesto que el acuerdo llegue a ser realidad —aspiración no fácilmente realizable—, siempre resultará que las naciones occidentales están actuando a merced de la iniciativa rusa, y ese destino que se adjudican les hará penetrar en una esfera dentro de cuyo espacio se cobijarán la inseguridad y la improvisación; así llegaremos al sistema emergente de conferencias que se suceden, a medida que es preciso defenderse ante las iniciativas moscovitas. Así se nos aparece la ventaja rusa de su diplomacia, disparando dardos hacia su zona periférica, en la dirección que más le acomode. Pero no sólo se cifra la ventaja soviética en esta característica, sino en otro elemento determinante: Rusia actúa y dispone, sin necesidad de establecer previo acuerdo, con aquellos a los cuales se ha impuesto una dirección sin réplica; en Occidente, todo es preciso construirlo y revisarlo de hora en hora, ya que la diplomacia que se ha querido perfilar en Londres debe construirse apoyada en la exigencia de conciliar tesis, no contradictorias, pero sí discrepantes. De manera tal que los Estados de Occidente deben contar con el doble *handicap*, al cual dejamos hecha mención. Y esa plural desventaja, como se ataca en su contenido básico, perdurará en tanto Ru-

sia sea la que, de modo indirecto, dicte sus iniciativas al Occidente. No se ha percibido, al parecer, que Rusia está practicando dos clases de iniciativas: una, por acción, más allá del telón de acero; otra, por repercusión, en la zona occidental; la primera de estas normas es reiteradamente citada, considerándola como peligro básico; pero no así la segunda, a nuestro entender más grave que la primera. Del alcance y significación de esta iniciativa rusa, lograda mediante el sistema indirecto de provocar reacciones, puede darse idea el lector eligiendo uno de los muchos ejemplos que pudiéramos brindarle.

Fijémonos en el problema indochino; como es notorio, esta cuestión ha sido abordada en París y Londres, y hasta se afirma que existe acuerdo de principio, cosa que nos permitimos poner en tela de juicio. La diplomacia obturante (que sería la versión, no literal, pero sí sustancial, de la «diplomacia total», patrocinada por Dean Acheson) se realizaría en este ángulo del mundo asiático, fundamentalmente, por la aportación norteamericana. Ahora bien, tal cooperación se condiciona en un doble sentido: 1.º No puede ser realidad, sin lograr del Congreso de Wáshington el voto de nuevos créditos. 2.º Ha de prestarse con vistas a la intensificación del nacionalismo en el Viet Nam, Cambodia y Laos; esta última exigencia viene determinada por la interpretación norteamericana, a tenor de la cual lo que hay de más peligroso en Ho Chih Minh no son, precisamente, sus conexiones con el comunismo de Mao, sino su carácter nacionalista. Por ello la necesidad de reforzar el régimen de Bao Dai, no solamente en el sentido militar, sino con el propósito de procurar un incremento de su autonomía. Ahora bien, será preciso preguntarse hasta qué extremo esa infusión nacionalista es compatible con el mantenimiento de la soberanía francesa, y si Francia está dispuesta a dejar en manos de Bao Dai esos instrumentos defensivos que pudieran proporcionarle los Estados Unidos, o si, por el contrario, Francia abraza la esperanza, no confesada, de seguir actuando, más o menos atenuadamente, como metrópoli. En este último caso resultará que los Estados Unidos deben proveer al sostenimiento de los ejércitos franceses en Indochina, cuyo entretenimiento absorbe una buena parte del presupuesto francés de guerra; pero aun suponiendo que el Congreso de Wáshington votase nuevos créditos —se cifran, de momento, en la suma de 500.000.000 de dólares—, ello no impediría que una buena parte de las divisiones francesas —las mejores— tengan que conti-

nuar en Indochina durante un tiempo que nadie puede prever. Esto debilitaría el Pacto del Atlántico en medida no desdeñable.

Rusia, por tanto, desde la invulnerabilidad de sus líneas interiores, al presionar sobre Indochina, en realidad, ataca por vía indirecta el Pacto del Atlántico, y si hoy la mano de Rusia actúa en Alemania y en Indochina, nada se opondrá a que el día de mañana, suponiendo que la diplomacia obturante hubiera alcanzado pleno éxito, Rusia oriente en otro sentido su presión y relegue a segundo término lo que actualmente son superficies de fricción, para reemplazarlas por otras que no es dable prever. Hasta es posible que Rusia no se vea obligada a elegir nuevos puntos de ofensiva, porque sabe perfectamente la falta de coincidencia anglo-franco-americana respecto del problema chino. Francia, por motivos lógicos, en tanto perdure su presencia en Indochina, no puede reconocer el régimen de Mao Tse Tung, que valdría tanto como hundir el Gobierno de Bao Dai. Norteamérica tampoco se muestra inclinada a tal reconocimiento; recientemente, Hoover, en carta al senador de California William Knowland, aconsejaba el no reconocimiento de Mao, a menos de perder en Asia la batalla de la «guerra fría». Knowland está respaldado por 34 senadores. Inglaterra, al reconocer a Mao, se adentró en un callejón sin salida, porque tal reconocimiento la invalida para oponerse a los movimientos sucesionistas y procomunistas de Birmania y, sobre todo, de Malasia.

Además, si se impone y perdura la tesis franco-yanqui, del no reconocimiento de Mao y la de no permitir su ingreso en la O. N. U., no se habrá resuelto un problema, sino diferido una incógnita, y los Estados Unidos tienen ante sí, como ejemplo aleccionador, la experiencia recogida, cuando esa política del no reconocimiento fué practicada por Stimson respecto de la acción nipona en Manchuria; ello no impidió al Japón llevar hasta el fin su política de espacio vital, articulada en su concepción de la Gran Asia Oriental, inclinación expansiva que, lógicamente, había de conducir al epílogo de Puerto Perla. Si la política del no reconocimiento fracasó respecto del Japón, como antes se registrara su falla en lo que a la U. R. S. S. concierne, es difícil explicar cómo tal expediente puede alcanzar eficiencia a propósito de una nación como China, con su casi medio millón de habitantes. Recientemente, Joseph Alsop (*New York Herald Tribune*, 9 de mayo de 1950) apuntaba el riesgo de que las naciones occidentales adoptasen como norma el «save yourself and the devil take the hindmost»; acaso ese des-

enlace, que sería la antesala del caos, no llegue a constituir realidad; pero sí cabe en lo posible que Francia, caso de no obtener en Indochina el apoyo norteamericano que reclama, reitere la tesis británica, expuesta en 1947 a propósito de Grecia, aduciendo que, falta de medios, o los Estados Unidos abandonan el baluarte chino y pierden la «guerra fría» en el Sudeste asiático, o tienen que aceptar la responsabilidad que supone el haber sugerido la denominada política de «contención», con todas las consecuencias que un tal compromiso implicaría. Conviene hacer notar que así como en Grecia se litigaba tan sólo el destino de la única porción de la península balcánica no absorbida por Moscú, en Asia la retirada de Indochina (que sería inexorablemente seguida de otra consecuencia semejante en Birmania y Siam) no representaría otra cosa que la etapa inicial de una irradiación comunista en el Sudeste de Asia y en la península indostánica.

Véase a qué consecuencias arrastra la diplomacia obturante o de contención; su manipulación no resuelve los problemas, ni destierra, ni siquiera atenúa, la sensación de angustiosa interinidad que vive y padece el mundo occidental. Si son esas armas dialécticas «contencionistas» las únicas de que Acheson es portador, cuanto se alcance manipulándolas no excederá los límites de una medida ocasional, en espera de que Rusia, desde sus líneas interiores, proyecte su presión sobre otro cualquiera de los rincones del mundo que se encuentre, al propio tiempo, a disposición de sus posibilidades y al alcance de sus designios agregadores y expansionistas.

#### UNA BOMBA DIALÉCTICA

Los norteamericanos están habituados a medir sus problemas a escala continental. Por ello su sorpresa, y hasta su escándalo, cuando perciben que Europa todavía quiere permitirse el lujo de vivir y actuar en medida que ellos estiman municipal. Como los yanquis son neófitos en materias históricas, no aciertan a explicarse cómo Europa no es capaz de llevar a cabo aquello que Norteamérica alcanzó con tan pasmosa facilidad: doce Estados firmaron la Constitución, todavía vigente, de 17 de septiembre de 1787 (Nueva Hampshire, Massachusetts, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Ca-

rolina del Sur y Georgia); hoy son cuarenta y ocho Estados, y aproximadamente se adicionarán otros dos (Hawai y Alasca). Así, Norteamérica fué de lo menos a lo más, y todo ello pudo ser alcanzado mediante el sistema federal, impracticable si cada uno de los Estados no hubiese renunciado a una parte de su soberanía, en la medida requerida, para el logro de una acción común.

Norteamérica no parece darse cuenta de que el ser neófito en historia proporciona cierta audacia, pero que también puede inspirar interpretaciones simplistas respecto de hechos complejos; frente a ese desembarazo histórico de Norteamérica, la saturación de pasado que pesa terriblemente sobre los hombros esclerosados de Europa. Todo ello no cuenta para el ciudadano norteamericano, que va de Bismarck —en North Dakota— a Austin, en Texas, o de Sacramento, en California, hasta Augusta en Maine, recorriendo, en el primer caso, 2.500 kilómetros, y en el segundo supuesto, 4.000, sin tropezar con un aduanero, ni tener que visar su pasaporte, ni alterar su medio de expresión, ni trocar moneda alguna. Ese factor dimensional explica la insistencia norteamericana cerca de Europa, haciendo notar que si Europa no avanzaba decididamente, primero por el camino de su reagregación y después por la ruta de la unidad, sus días estaban contados, y el epílogo lo determinaría el contraste entre el todo macizo ruso y la dispersión occidental.

Ahora Norteamérica, que antes se asombara de la resistencia europea ante sus consejos de agregación, parece un poco perpleja al conocer la propuesta de Schuman, encaminada a organizar en un todo la industria franco-alemana del hierro y el carbón, y como no puede darse la integración política sin una previa coordinación económica, y como, por otra parte, el problema de Europa pende de la incógnita alemana y ésta, a su vez, se relaciona estrechamente con la actitud de Francia, resultaría que la propuesta de Schuman es, como se ha dicho, la sugestión más revolucionaria que haya jamás conocido Europa en su vida moderna.

Nada más lejos de nuestro propósito que el estudiar aquí ese sedicente Plan Schuman, sobre todo en lo que pueda tener de realizable y de positivo. Pero sí quisiéramos referirnos a sus repercusiones, y, sobre todo, nos interesaría considerarlo como tabla de valores para decidir respecto de la posibilidad de lograr la puesta en marcha de una Europa coordinada, en lo económico y en lo político.

Se habla de unidad europea; pero sin antes especificar si por

Europa se entiende el continente, o si en la mención se incluye el apéndice insular británico. Ciertamente que Inglaterra ha dejado a sus espaldas, en una remotísima lejanía, aquellas inclinaciones empujadas a la realización de un espléndido aislamiento. Pero no lo es menos que Inglaterra, pese al descenso que para ella supuso el empobrecimiento que la guerra le impuso, es todavía cabeza visible de un mundo, que no pudiendo ser el atlántico —al haber perdido el cetro de los mares—, es dable trazarlo incluyendo dentro de su área el denominador común de la libra esterlina. Por eso hoy Inglaterra duda y vacila, y manifestación específica de esa perplejidad nos la ofrece su posición expectante y reservada respecto a los planes de unión europea. Es al problema político al que queremos aludir, a pesar de que el Plan Schuman ha provocado, sobre todo, glosas de tipo industrial y económico, alegando que ese sugerido consorcio del acero plantearía a la industria metalúrgica británica un problema grave, que pudiera interponerse como un obstáculo en el camino de su trabajosa recuperación. A nuestro entender, es otra la trascendencia del propósito francés, porque, si se realiza, sería Europa cabeza de Europa, rescataría el continente su papel de elemento rector, que perdiera desde los tiempos de Enrique VIII, y en tanto fuera realidad cuatrisecular la política de la «Balance of power», y eso sería aún mucho más revolucionario que el Plan Schuman; que la avenencia franco-alemana alcanzada, no mediante un pacto, renunciante y hasta vulnerable, carecería de valor permanente, es innegable; pero que la reconciliación, avalada por la estrecha cooperación en materias de industria pesada, soldaría a los dos pueblos, parece evidente, y esa masa de 110 millones de habitantes, aun cuando no lo desearan los Estados llamados a integrarla, se convertiría en base nuclear de todo el mundo occidental europeo. Si Europa rescata así su protagonismo histórico, en la misma medida verá Inglaterra hundirse en el ocaso su misión rectora respecto de la tierra firme europea. Mas como el camino que Schuman traza es el camino de la paz, esa consideración ha de primar respecto de toda otra alegación, y si se dice —afirmación gratuita, porque sólo contaría con la apoyatura de algo conjetural— que puede esa unión conducir a la guerra, siempre cabría replicar que tal posible conflicto sería de índole europea, sin preeminencias insulares, que, como las transatlánticas, encierran siempre el peligro de ser episódicas y renunciables.

Ahora, el lector de estos habituales comentarios nuestros acaso

recuerde que no figurábamos en el grupo de profetas impacientes que habían pronosticado la pérdida irremediable en Europa de todo posible protagonismo; decíamos que Europa aún tenía que decir su palabra; con ello no queremos significar que esa palabra sea precisamente la que acaba de pronunciar Schuman; nos mueve tan sólo la finalidad específica de señalar cómo este viejo mundo occidental, postrado y maltrecho, no por ello ha perdido toda posibilidad de iniciativa. Con el solo hecho de que la sugerencia francesa haya engendrado determinadas perplejidades habríamos encontrado apoyo para sostener que ya no es monopolio de Rusia el lanzar sugerencias, ideadas para sembrar la sorpresa e incrementar la desorientación, y si tanta importancia dábamos, en estos mismos comentarios, al factor iniciativa, por exigencias lógicas debemos conectar esa valoración a lo que Schuman propone.

CAMILO BARCIA TRELLES